

contar, parecía disgustada de verse entre los nobles, como si desconfiara de ellos. La reina procuró tranquilizarles, y designando sus partidarios, exclamó: «Granaderos, esos son vuestros compañeros, y han venido á morir á vuestro lado.» Sin embargo, á pesar de aquel valor aparente, la reina tenía la desesperación en el alma; en su concepto, lo había echado á perder todo aquella revista, y quejábbase de que el rey no hubiera dado más muestras de energía. Forzoso es repetirlo; el desgraciado príncipe no temía nada por sí mismo; habíase negado á ponerse un peto, como en 14 de julio, diciendo que en un día de combate debía ir descubierto como el último de sus servidores; el valor no le faltaba, pues, y más tarde dió de ello una noble y elevada prueba; pero carecía de la audacia de la ofensiva; debía ser más consecuente, y no temer, por ejemplo, la efusión de sangre cuando consentía la llegada del extranjero á Francia. Es indudable, como se ha dicho muchas veces, que si hubiese montado á caballo para caer sobre el pueblo á la cabeza de los suyos, se habría reprimido la insurrección.

Al ver los individuos del departamento el desorden general que reinaba en el palacio, y desesperando del éxito de la resistencia, presentáronse al rey para aconsejarle que se retirase al seno de la Asamblea. Este consejo, tantas veces censurado, como todos aquellos que se dan á los reyes, y que no producen buen éxito, era en aquel instante el único conveniente. Con esta retirada evitábase toda efusión de sangre y se libraba la familia real de una muerte casi cierta si el palacio era tomado por asalto, lo cual no admitía duda, atendido el estado de las cosas; y aun cuando la hubiera, bastaba esto para no exponerse. La reina se opuso vivamente al proyecto. «Señora, le dijo Røederer, exponéis la vida de vuestro esposo y la de vuestros hijos; advertid que incurris en una gran responsabilidad.» El altercado fué muy vivo; pero al fin se decidió el rey á retirarse á la Asamblea, y dirigiéndose á su familia y á cuantos le rodeaban, díjoles con aire resignado: «Marchemos.—Caballero, dijo la reina á Røederer, respondéis de la vida del rey y de mis hijos.—Señora, replicó el procurador síndico, respondo de morir á su lado, pero no me comprometo á nada más.»

Dirigiéronse entonces todos á la Asamblea por el jardín, el terrado de los fuldenses y el patio del picadero. Los nobles y los servidores del palacio se precipitaron para seguir al rey; pero como podían comprometerle, irritando al pueblo y á la Asamblea con su presencia, Røederer hacía inútiles esfuerzos para detenerlos, repitiéndoles á gritos que iban á ser causa de la muerte de la familia real. Por fin consiguió desviar á muchos de ellos, y continuó la marcha. Un destacamento de suizos y otro de guardias nacionales escoltaron al rey, la reina y sus hijos, hasta que se presentó una diputación de la Asamblea para conducirlos á su seno. La afluencia era tan considerable en aquel momento, que no se podía penetrar á través de la multitud: un granadero de elevada estatura se apodera del delfín, elévale sobre su cabeza y atraviesa entre la muchedumbre. Al ver esto la reina, cree que le roban su hijo, y lanza un grito doloroso, pero la tranquilizan al momento; el granadero penetra en el salón de la Asamblea y deposita al real infante sobre la mesa. El rey y su familia entran después, seguidos de dos ministros. «Vengo, dice Luis XVI, para

evitar un gran crimen, y creo, señores, que en ninguna parte podré estar tan seguro como entre vosotros.»

Vergniaud, que presidía, contesta al monarca que puede contar con la firmeza de la Asamblea Nacional, y que sus individuos han jurado morir defendiendo las autoridades constituidas. El rey se sienta al lado del presidente; pero habiendo observado Chabot que su presencia puede coartar la libertad en las deliberaciones, invítanle á entrar en la tribuna del periodista que hace las veces de secretario, y después arrancan la reja de hierro para que, en el caso de ser invadida la tribuna por el populacho, pueda precipitarse sin obstáculo en medio de la Asamblea. El mismo rey ayuda con sus manos en este trabajo; derríbese la reja, y entonces llegan más libremente los ultrajes y amenazas hasta el último asilo del monarca destronado.

Røederer hace entonces el relato de lo que ha sucedido; pinta el furor del pueblo y los peligros á que se halla expuesto el palacio, cuyos patios invade ya la multitud. La Asamblea dispone que una comisión de veinte individuos vaya á calmar al pueblo; mas apenas se pone en marcha, óyese una descarga de artillería, que siembra la alarma entre los diputados. «Os advierto, dice el rey, que acabo de prohibir á los suizos hacer fuego.» Sin embargo, óyense nuevos cañonazos y el estruendo de la mosquetería; la turbación llega á su colmo; poco después se anuncia que la comisión ha sido dispersada, y en el instante resuenan furiosos golpes en la puerta del salón, apareciendo varios ciudadanos armados en una de las entradas. «¡Nos hacen violencia!», exclama uno de los oficiales del Ayuntamiento. El presidente se cubre, y muchos diputados se precipitan de sus asientos para contener á los invasores. Por fin se apacigua el tumulto, y al ruido continuado de la mosquetería y de la artillería, gritan los diputados: ¡Viva la nación, la libertad y la igualdad!

Habíase trabado en el palacio la más sangrienta lucha: una vez fuera el rey, creyóse naturalmente que el pueblo no se encarnizaría contra una mansión abandonada; por otra parte, en la turbación del momento no era fácil pensar en todo, y no se había dado orden alguna para evacuar el palacio; sólo se dispuso que entrasen en su interior todas las tropas que ocupaban los patios, las cuales se diseminaron en las habitaciones, mezclándose con los criados, los nobles y los oficiales. El pueblo, que ignoraba tal vez la marcha del rey, después de haber esperado largo tiempo delante del postigo principal, ataca por último la puerta, derríbala á golpes y precipítase en el palacio real. Luego se forma en columna y apunta contra el palacio los cañones abandonados imprudentemente en el patio, después de la retirada de las tropas. No obstante, los sitiadores no atacan aún, y hacen demostraciones amistosas á los soldados que estaban en las ventanas, gritándoles: «Entregadnos el palacio y seremos amigos.» Los suizos manifiestan intenciones pacíficas, tirando algunos cartuchos por las ventanas. Algunos hombres del pueblo, más atrevidos, destácanse de sus columnas y avanzan hasta debajo del vestíbulo del palacio: al pie de la escalera principal se había colocado un gran madero en forma de barricada, detrás del cual se habían atrincherado algunos suizos y guardias nacionales. Los que desde fuera habían llegado hasta aquel sitio querían adelantar más, quitando el madero, y des-

pués de una discusión bastante larga, sin llegar á las manos, desapareció el obstáculo. Entonces penetran los invasores en la escalera, repitiendo que es preciso que se les entregue el palacio. Asegúrase que en aquel instante, varios hombres armados de picas, que habían permanecido en el patio, se apoderan con garfios de los centinelas suizos que hay fuera, y que los matan después; añádese que se ha disparado un tiro contra las ventanas, y que indignados los suizos, responden haciendo fuego. En efecto, resuena al punto en el palacio una descarga terrible, y los que habían penetrado en él huyen gritando que les habían vendido. Difícil es averiguar, en medio de aquella confusión, de qué parte han salido los primeros tiros; los invasores aseguran que después de avanzar amistosamente, y una vez dentro del palacio, se ha hecho fuego contra ellos á traición; pero esto es poco verosímil, pues no estando los suizos en situación de provocar la lucha, ni teniendo obligación alguna de batirse después de la marcha del rey, sólo debían pensar en salvarse, y una traición no era el medio de conseguirlo. Por otra parte, aunque la agresión pudiera cambiar alguna cosa en el carácter moral de estos acontecimientos, preciso es convenir en que la primera y verdadera agresión, es decir, el ataque del palacio, procedió de los insurrectos. Lo demás no era sino un accidente inevitable, que sólo se podía imputar al acaso. Como quiera que sea, los que habían penetrado en el vestíbulo y en la escalera principal oyen de repente la descarga, y mientras huyen, cae sobre ellos en la escalera misma una granizada de balas. Los suizos bajan entonces en buen orden, y llegados á los últimos escalones, desembocan por el vestíbulo en el patio real. Allí se apoderan de una de las piezas, y sufriendo un fuego terrible, la vuelven y la descargan contra los marseleses, de los cuales derriban un gran número. Éstos se repliegan entonces, y como el fuego continúa, abandonan el patio. Al instante cunde el terror entre el pueblo, que huye en todas direcciones hacia los arrabales. Si en aquel momento hubieran aprovechado los suizos su ventaja, si los gendarmes situados en el Louvre, en vez de abandonar su puesto, hubieran cargado á los sitiadores, era cosa hecha; la victoria quedaba por palacio.

Pero en aquel momento llega la orden del rey, confiada á Mr. Hervilly, en la cual se prohíbe hacer fuego. El comisionado llega hasta el vestíbulo en el momento en que los suizos acababan de rechazar á los sitiadores, y conteniéndolos, les ordena de parte del rey que le sigan á la Asamblea. Los suizos, reunidos entonces en bastante número, siguen á Mr. Hervilly á los fuldenses en medio de las más mortíferas descargas, y el palacio quedó privado así de la mayor parte de sus defensores. Sin embargo, aún queda en la escalera, ó en las habitaciones, un número bastante considerable de desgraciados suizos, á los cuales no ha llegado la orden, y que bien pronto van á verse expuestos, sin medios de resistencia, á los más terribles peligros.

Entretanto se habían ido reuniendo los sitiadores: los marseleses, unidos con los bretones, se indignaban de haber abandonado el campo, y reanimándose mutua-

mente, vuelven á la carga enfurecidos. Westermann, que después dió pruebas de estar dotado de grandes disposiciones, dirige sus esfuerzos con inteligencia; precipítanse intrépidamente, y muchos de ellos caen; pero los demás llegan por fin al vestíbulo, franquean la escalera y se hacen dueños del palacio. En su seguimiento se lanza el populacho armado de picas, y el resto de la escena no es más que una horrible matanza.

Los desgraciados suizos imploran gracia en vano, arrojando sus armas, pues les dan muerte sin compasión. La multitud prende fuego al palacio; los servidores que le ocupan son perseguidos por todas partes; los unos huyen y los otros reciben la muerte. Entre los vencedores hay, sin embargo, hombres generosos que gritan: «¡Perdonad á las mujeres; no deshonréis á la nación!»

Uno de ellos salva á las damas de la reina, que se habían arrodillado al ver los sables amenazando sus cabezas. Hubo víctimas valerosas, y muchos tuvieron ingenio para salvarse cuando no les quedaba ya valor para defenderse; también hubo entre los furiosos vencedores arranques de honradez; y una prueba de ello es que el oro encontrado en el castillo, bien fuera por vanidad popular ó por el desinterés que nace de la exaltación, se envió á la Asamblea.

Esta última había esperado con la mayor ansiedad el resultado del combate. A eso de las once se oyen por fin gritos de victoria mil veces repetidos; las puertas ceden bajo el esfuerzo de una multitud ebria de alegría y de furor; la sala se llena muy pronto de los restos que llevan y con los suizos prisioneros, á los cuales se ha concedido la vida para dar una prueba á la Asamblea de la clemencia popular. Entretanto, el rey y su familia, retirados en la estrecha tribuna de un periodista, contemplan la ruina de su trono y la alegría de sus vencedores. Vergniaud había dejado un momento la presidencia para redactar el decreto de cesación; vuelve á poco á ocupar su asiento, y la Asamblea expide el célebre decreto, en virtud del cual:

Luis XVI queda provisionalmente suspendido como monarca;

Se dispondrá un plan de educación para el príncipe real;

Se convoca una Convención Nacional.

¿Podría decirse que era un plan preconcebido muy anteriormente el de derribar el trono, puesto que no se hacía sino suspender al rey, preparando la educación del príncipe? ¡Con qué temor, por el contrario, se osaba tocar á esta antigua autoridad! ¡Con qué especie de vacilación se acercaban al antiguo tronco bajo el cual fueron sucesivamente felices ó desgraciadas las generaciones francesas, pero á cuya sombra habían vivido siempre!

Sin embargo, la imaginación pública es pronta; poco tiempo debía bastarle para despojarse de los restos de un antiguo respeto, y la monarquía en suspenso iba á quedar bien pronto aniquilada. Iba á perecer, no en la persona de un Luis XI, de un Carlos IX ó de un Luis XIV, sino en la de un Luis XVI, uno de los reyes más honrados que jamás se sentaron en el trono.

CAPITULO VI

Continuación y fin de la jornada del 10 de agosto. — Llamamiento del ministerio girondino. — Dantón es nombrado ministro de Justicia. — Estado de la familia real. — Situación de los partidos en la Asamblea y fuera de ella después del 10 de agosto. — Organización é influencia del Ayuntamiento; facultades que se arroga y su oposición á la Asamblea. — Creación de un tribunal extraordinario del crimen. — Estado de los ejércitos después del 10 de agosto. — Resistencia de Lafayette al nuevo gobierno. — Abandona el ejército y la Francia por haberse decretado su acusación, y cae prisionero de los austriacos. — Oposición de Dumouriez. — Disposiciones de las potencias y situación recíproca de los ejércitos coligados y de los franceses. — Toma de Longwy por los prusianos. — Agitación de París al recibirse esta noticia. — Medidas revolucionarias adoptadas por el Ayuntamiento. — Arresto de los sospechosos. — Asesinatos en las prisiones los días 2, 3, 4 y 5 de septiembre. — Principales escenas y circunstancias de estas sangrientas jornadas.

Los suizos habían defendido valerosamente las Tullerías, pero su resistencia fué inútil; forzado el paso de la escalera principal, el palacio quedó invadido. El pueblo, vencedor ya, penetraba en todos los sitios de aquella mansión de la soberanía, en la cual creyó siempre que existían tesoros extraordinarios, una felicidad sin límites, un inmenso poderío y un foco de siniestras conspiraciones. ¡Cuántas venganzas podía tomar al mismo tiempo contra la riqueza, la majestad y el poder!

Ochenta granaderos suizos, que no habían tenido tiempo de retirarse, defienden valerosamente su vida y son asesinados sin compasión. La multitud se precipita después en las habitaciones, donde se encarniza con aquellos inútiles amigos que acudieron para defender al rey, y que, considerados como los *caballeros del puñal*, son perseguidos con todo el odio popular. Sus impotentes armas no sirven más que para irritar á los vencedores, é inducirles á creer con más verosimilitud en los proyectos atribuidos á la corte. Toda puerta que se cierra es derribada al punto; dos ujieres que intentaban prohibir la entrada del gran consejo, sacrificándose al ceremonial de la etiqueta, son asesinados en un momento.

Los numerosos servidores de la familia real huyen tumultuosamente á través de las inmensas galerías, precipítanse desde las ventanas ó buscan en la inmensidad del palacio un oscuro rincón donde preservar su vida. Las damas de la reina se refugian en una de sus habitaciones, esperando á cada momento ser acometidas en aquel asilo. La princesa de Tarento manda abrir las puertas para no aumentar la irritación por la resistencia; los invasores se presentan á poco, apoderándose de una de ellas, y ya está el acero levantado sobre su cabeza, cuando grita una voz: *¡Gracia para las mujeres! ¡No deshonréis á la nación!* Al oír estas palabras, apártase el arma homicida, y las damas de la reina, salvadas de este modo, son conducidas fuera de palacio por aquellos mismos hombres que iban á inmolarlas, y que dando una prueba más de la volubilidad popular, las escoltan ahora, valiéndose de la más ingeniosa fidelidad para salvarlas. Después de matar se destroza; el pueblo rompe aquellos magníficos muebles, arrojando los restos lejos de sí; diseminase luego en las habitaciones secretas de

la reina, y entrégase allí al más obscuro regocijo; penetra en los sitios más recónditos, busca los depósitos de papeles, violenta todas las cerraduras y satisface así el doble placer de la curiosidad y de la destrucción. A los horrores de la matanza y del saqueo se agrega después el del incendio: las llamas, que habían consumido ya los cobertizos contiguos á los patios exteriores, comienzan á extenderse hasta el edificio, amenazando destruir por completo aquella imponente residencia de la monarquía. La desolación no se limita á este triste recinto, sino que se extiende á lo lejos; las calles están obstruidas por restos y cadáveres; á todo aquel que huye, ó que se sospecha que trata de huir, se le considera como enemigo y se le persigue á tiros. Al estampido del cañón ha sucedido el estrépito casi continuado de la mosquetería, que anuncia á cada momento nuevas muertes. ¡Cuántos horrores lleva consigo la victoria, sean quienes fueren vencedores y vencidos, y la causa por que combaten!

Por la suspensión de Luis XVI se había disuelto el poder ejecutivo, y ya no quedaban en París más que dos autoridades, la del Ayuntamiento y la de la Asamblea. Según hemos visto en el relato del 10 de agosto, los diputados de las secciones, reunidos en la Casa de la Ciudad, se posesionaron de la autoridad municipal expulsando á los antiguos magistrados, por cuyo medio pudieron dirigir la insurrección durante toda la noche y el día 10. Poseían de hecho la verdadera fuerza; animábales toda la excitación de la victoria, y representaban aquella clase revolucionaria, nueva y fogosa, que acababa de luchar durante toda la legislatura contra la inercia de esa otra clase de hombres más ilustrados, aunque menos activos, de que se componía la Asamblea. La primera diligencia de los diputados de las secciones fué destituir á todas las altas autoridades, que hallándose más cerca del poder supremo debían profesarle más afecto. Después suspendieron el estado mayor de la guardia nacional, desorganizaron la defensa de las Tullerías, y arrancando á Mandat del palacio, confrieron á Santerre el mando de la guardia nacional. No se dieron menos prisa á suspender la administración del departamento, que desde la alta región que ocupaba contrarió siempre las pasiones populares de que carecía.